

e insincero que eran las apreciaciones del poeta zacatecano como articulista político.

Tal vez de toda la colección de prosas sea *Coincidencias, ¿no?*, la que más sorprenda. En ella encontramos al López Velarde más taimado y de mayor mala fe. Relata aquí los temblores que sufrió Guadalajara en 1912, atribuyéndolos a la conducta observada por los liberales.

"Estos nuevos terremotos nos hacen recordar algunos hechos que parecen dignos de meditación. Ya sabemos que la sonrisa de Voltaire se dibujará en muchos labios... Fanatismo, dirán los exaltados... Coincidencias, exclamarán los despreocupados. Califiquenlos como quieran, que no por ello perderán su calidad de hechos... El 5 y el 6 de mayo, respectivamente, se dijeron blasfemias horribles en una fiesta taurina y se repartieron y fijaron en los portales unas estampas indecentes, asquerosas: el día 8, temblores... Habían cesado ya éstos, cuando en la noche del 18 de julio, so pretexto de honrar a Juárez, algunos oradores blasfemaron hasta hartarse: al comenzar el 19, pocas horas después de las blasfemias, un movimiento telúrico de los más fuertes... El 30 de noviembre don Luis Alatorre emprende la gloriosa cruzada de perseguir monjas, haciendo que cateen colegios y casas sospechosas: el día 2 del mes siguiente, a temblar de nuevo... Apúntense esas coincidencias, que el registro está abierto" (p. 247.)

El mismo López Velarde, en *La provincia mental (El don de febrero y otras prosas)*, pp. 188 a 191, se burla de esta arraigada manía de levitas y seglares. "En el púlpito de la parroquia [dice], un clérigo, de los que sitiaron a Alejandría en las cruzadas, se aventurará a afirmar que la escasez de lluvias es un castigo de lo alto por la maldad de los incrédulos y protestantes. (Alusión al vendedor de fideos y tallarines, que tapiza sus muros con carteles en que hay versículos del Génesis...). Entre este clérigo medieval y el López Velarde de las coincidencias existe una identidad perfecta.

Veamos ahora sus opiniones sobre algunos hombres de la Revolución. "Su tipo selvático [de Zapata] y sus hazañas delictuosas se destacan, como un borron sangriento, sobre la caricatura permanente de nuestros miserables sainetes políticos" (p. 110.) "El populacho, incapaz de discurrir sobre temas especulativos, simpatiza con Zapata porque éste representa el pillaje para saciar el hambre" (p. 111.) En *Musa casera*, hablando de la "chifladura de la poesía" con que amaneció cierta mañana don Antonio B. y Castro, y refiriéndose al "criminal propósito de versificar" de éste, le pide: "¡Ay, don Antonio, no versifiques! Preferimos a Zapata pulsando la lira" (p. 188.) Físicamente no distingue si es "hombre" o "fiera"; si tiene "manos" o "garras." Ve sus manifiestos hinchados de "barbarie comunista y gramatical".

Compara por su actuación insurrecta a Emiliano Zapata con Pascual Orozco. El primero ha tenido mejor suerte, más lúcida actuación revolucionaria el segundo. Sin embargo, condena a éste al través de sus partidarios: "Si un movimiento insurreccional [el oroquismo] pierde su faz política para tomar el gesto de los que cuelgan extranjeros, ese movimiento descende al fondo sombrío de la delincuencia común" (p. 124.)

La mayor parte de los artículos aquí reunidos tienen por finalidad zaherir ya como funcionarios, ya como hombres, a algunos mandatarios estatales, principalmente al doctor Rafael Cepeda de San Luis Potosí y a Alberto Fuentes D., de Aguascalientes. Reciben ataques si bien más esparcidos, aunque de igual incisión, Carlos Trejo Lerdo de Tejada, Procurador de Justicia, "sobrino nieto de su tío abuelo"; Fernando Calderón Iglesias, Presidente del Partido Liberal, como el anterior heredero del talento de su antecesor ilustre; Alberto Robles Gil, Gobernador de Jalisco, jacobino mayor.

En pocas ocasiones, por fortuna, López Velarde llega a poner el verso al servicio de la causa a que sirve. La más afortunada de estas incursiones tiene como tema al Gobernador de Aguascalientes: "Don Alberto Fuentes D., / el que con arte gobierna / a Aguascalientes, / y ha amado, / como Alonso a Dulcinea, / la democracia plebeya, / se presentó muy orondo / de los yankees en la fiesta, / de reluciente levita / y de patricia chistera... / ¡él, que en tiempos de campaña, / tuvo por grito de guerra: / que muera el bombín, muchachos, / y que la levita muera!" (pp. 98 y 99.) En otro artículo —*Contra Carreño*— se burla de la falta de elucación de Fuentes. Este —exagera— ha prohibido que se estudie en las escuelas del estado al venerable Carreño. El libro que lo sustituya enseñará a la niñez "la más delicada cortesía", "los principios de la democracia más higiénica". La obra tendrá, entre

WALTER M. BEVERAGGI ALLENDE, *El servicio del capital extranjero y el control de cambios*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 238 pp.

El profesor Beveraggi ha percibido en su obra la importancia que las transacciones internacionales de la República Argentina tienen para la actividad económica interna y para el valor de la moneda. Al no encontrar, dentro del material teórico de los grandes tratadistas, nada que pudiera guiarlo en una adecuada interpretación de ese problema en Argentina, decidió emprender, por sí mismo, el análisis de los efectos que las inversiones extranjeras y los servicios financieros, producen sobre la balanza de pagos, el ingreso nacional y el valor de la moneda. Se ha valido el autor, para el desarrollo de su estudio, de los datos que la propia experiencia de Argentina, en las cuatro décadas que corren de 1900 a 1943, le

ha proporcionado. Su penetración le ha hecho advertir que si en las obras de los grandes economistas, que generalmente surgen dentro de los países más ricos e industrializados, no se ha dado atención a este problema, es porque a sus países "exportadores de capital" no les interesa la resolución de problemas característicos de los pueblos poco desarrollados que son, por otra parte "blanco apropiado para las inversiones extranjeras".

Después de acometer en los doce capítulos del libro todos los asuntos que se relacionan principalmente con estos problemas, cuyo examen tanto puede beneficiar a los pueblos de América, el autor termina señalando las dificultades con que se ha de tropezar si no se advierte que, los controles comerciales y cambiarios, pueden ser una solución momentánea para los países productores de materias primas que deseen confiar en las inversiones extranjeras para desarrollarse económicamente.

E. L.

otros, un capítulo sobre "La indumentaria republicana". En él se aconsejará a los "educandos, para cuando lleguen a gobernantes, que se abstengan del uso del chaleco y de los calcetines: del primero, porque es marcadamente aristocrático; y de los segundos, porque impiden la exudación, con la que se contravenen los intereses fisiológicos de la urbanidad porrita" (p. 94 y 95.)

López Velarde pinta la inseguridad del campo en *Los caminos*. "Ya ni quien piense en emprender un viaje... Y cosa rara: las célebres diligencias en que tantos episodios chuscos se desarrollaron en tiempos de la crinolina, corren tranquilamente, sin que un amante de lo ajeno salte sobre las mulas o meta la feroz cabeza por la ventanilla... Parece que el ferrocarril tienta más que las diligencias a los revoltosos de fisonomía natibularia... Es como si dijéramos, el progreso aplicado al bandolerismo" (n. 215.) Así el poeta aplica su talento, evadiéndose de su cometido político. Progresa. Escribe el irónico epitafio de las diligencias, tan caras a Payno y a López Portillo.

Transcribo, en seguida, las escasas referencias sobre literatura y literatos que se encuentran en los artículos, y más seriamente en las cartas.

En el artículo *A la muerte de Horacio*, comenta la defunción del horaciano doctor Uzeta como Director del Instituto Científico de San Luis Potosí. Murió el doctor Uzeta "sin declamar una oda, sin un sólo grito lírico. Ha muerto en el silencio de un discreto cirujano. Felicitaciones de los Pisonos" (p. 253.) En *El fracaso del Gobernador de San Luis Potosí*: "pero no lo logrará [rehabilitarse y rehabilitar el estado], así pasten los ciervos en el azul, como en el exámetro de Virgilio" (p. 264.)

Considera a Marcelino Dávalos —*El espiritismo en la poesía*— como escritor de "mañanitas" "con versos de sicalepsis barata"; como un émulo de Vanegas Arroyo; como un cultivador de la *poesía* espiritista. "Pero resulta que los mediums aplicados a la *poesía* resultan desastrosos, porque no saben ni contar sílabas" (p. 238.) Si Dávalos hiciera uso de un medium "lo pondría en comunicación interplanetaria con el célebre don Celestino González".

En carta fechada en San Luis Potosí el 14 de mayo de 1909, López Velarde le informa a Correa que le envía para *El Regional* un artículo sobre Nervo, artículo que hasta ahora no ha sido recopilado. En el índice que formulé de ese diario —*Ariel*, segunda época, núm. 4, Guadalajara, octubre de 1951—, no aparece. Sabemos, asimismo, por la carta, cuáles eran sus lecturas por ese tiempo: Nervo, Martínez Sierra, Marquina, Répide y Alberto Valero Martín, poeta desconocido "que denuncia francas facultades". "Se me olvidaba decirle que le hice igualmente los honores a los *Mosqueteros de Dumas*".

El 17 de junio de 1909 en otra carta a Correa, dice: ya leí *Silenter y Vendimión*. La obra de González Martínez me afirmó la idea que de él tengo, que es un poeta completo. El poema de Marquina me parece muy desigual: lugares en que el arte es perfecto y lugares de una construcción postiza que no se soporta. La parte del cisne y la de Vendimión doméstico me subyugaron por su poesía suma. En resumen: la primera parte del libro me encantó; la otra me parece menos que mediana" (p. 329.) En 1917 Marquina le seguía pareciendo un buen poeta "cuyo único defecto, a mi ver, consiste en su propensión a la teoría, en su afán especulativo, del que se deducen frecuentes páginas baladías para la sensación" (*El don de febrero*, p. 299.) Como Martínez Sierra cree —en la misma prosa— que hay "cientos" en España en ese momento. González Martínez sigue siendo para él, en 1915, un poeta de tono cabal, "con una pluma parienta de Heredia y de Samain". No le entusiasma mayor cosa. Observa, acertadamente, que si el buho tiene una íntima trascendencia, el cisne es, también, de gracia trascendente.

Estas son, abreviadas, las ideas más importantes que para su dicha o desdicha asienta López Velarde. En estos días de curiosidad malsana, en que más se comenta la turbulencia de una vida que la excelencia de una obra, como sucedió recientemente en el centenario de Díaz Mirón, la *Prosa política* servirá de comidilla de escándalo para los revolucionarios y de mácula indeleble para el prestigio de su obra en el ánimo sectario de muchos que lo admiran. La rotonda de hombres ilustres se le escapa al poeta "de sus manos cual viento ligero y cual sueño fugaz". Pero su sol se nublará —como en el poema— "como se nubla el sol ficticio / en las decoraciones / de los Calvarios de los Viernes Santos". A las matracas sucederán las campanas; al nombre, la obra.

THOMAS MUN, *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior y Discurso acerca del comercio de Inglaterra con las Indias Orientales*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 211 pp.

Con una introducción de Jesús Silva Herzog y un estudio de E. A. Johnson surge al español, traducida por Samuel Vasconcelos, esta notable obra de Thomas Mun, escritor nacido en el siglo XVI, cuya obra constituyó en su tiempo una aportación fundamental para la literatura económica inglesa y, cuyo discurso acerca de las Indias Orientales, le diera reconocido prestigio.

"Los economistas contemporáneos, aun cuando sean simples artesanos de la ciencia —dice Silva Herzog—, saben bien lo que una balanza de pagos favorable o desfavorable significa para el enriquecimiento o la pobreza de un país"; ésta es la advertencia principal que

Thomas Mun quiere hacer en su libro: la balanza de nuestro comercio exterior es la norma de nuestra riqueza.

Al surgir los "mercantilistas", la teocracia de la Edad Media se vio alterada en sus principios normadores de la conducta comercial, pues ya empezaba a vislumbrarse el horizonte de beneficios que dejarían al hombre la dirección inteligente de la riqueza y el progreso industrial que, más tarde, contribuyeron tan directamente al desarrollo de la tecnología y, con ello, al crecimiento de los recursos científicos y los descubrimientos que permitieron sanear y darle amplitud al cerco de las actividades humanas.

Algunos países en nuestros días se encuentran más allá del sitio en que, semejante política industrial, pudo prestar al hombre utilidad efectiva y, muchos otros países, viven colocados aún en circunstancias menesterosas de impulsos industriales y de enriquecimiento; tal vez por eso, la obra de Mun invite en la actualidad no sólo a la reflexión

PRETEXTOS

de Andrés HENESTROSA

meramente histórica, sino a una más profunda que permita advertir cómo se revuelve el espíritu de los paladines de un pueblo, cuando este pueblo necesita romper las barreras que impiden su desarrollo económico.

E. L.

WILLIAM FELLNER, *Oligopolio, Teoría de las estructuras del mercado*. Fondo de Cultura Económica. México, 1953. 297 pp.

En los 11 capítulos de este libro, el autor desarrolla un complejo examen de varios temas y teorías que guardan relación con las estructuras del mercado.

Considera Fellner que la teoría del valor, tal como suele presentarse, no logra dar una explicación "suficientemente real" de la formación de los precios dentro de las economías industriales de la época actual. La teoría monetaria y la de ocupación han podido ser llevadas a una mayor aplicabilidad, porque las investigaciones que estas teorías despliegan registran sólo datos generales, pero la teoría del valor precisa captar, fundamentalmente, los datos individuales y las relaciones tendidas entre ellos.

Piensa también el autor que las principales limitaciones de las teorías generales sobrevienen porque estas teorías no prestan la atención que merecen a los efectos causados por los cambios individuales y, aunque pueden llegar a ciertas conclusiones independientes, las teorías generalizantes tienden así a caminar de algunas "magnitudes totales" a otras también totales, como si el mundo de los totales y el de lo individual no tuvieran relación de ninguna especie.

Fellner cree que la teoría del valor puede adquirir consistencia cuando, con el tiempo, se disponga de suficientes datos empíricos particulares como para hacer ya un análisis que prometa más firmes resultados.

No se intenta en el libro, como advierte el mismo W. F., solucionar las dificultades de la teoría del valor, pero sí se trata, en cambio, de examinar algunos problemas elementales de la teoría del valor, desde un ángulo que permita considerar los defectos que acarrea a los investigadores el uso de los métodos acostumbrados.

El autor concluye diciendo que le parecen prematuras las predicciones pesimistas (las de los seguidores de Marx, por ejemplo) alrededor de la futura efectividad de los sistemas vigentes en las democracias occidentales, porque tal posición "decide de modo desfavorable un punto todavía indeciso". Fellner encuentra que las instituciones existentes pueden ser modificadas para adecuarse al curso de las nuevas necesidades.

E. L.

LEOPOLDO ZEA, *La conciencia del hombre en la filosofía*. Cultura Mexicana, Vol. 4, Imprenta Universitaria. México, 1953. 329 pp.

La conciencia del hombre en la filosofía es una propedéutica filosófica. Desde el punto de vista de unos prolegómenos a esta Ciencia ofrece varias peculiaridades dignas de atención. La filosofía se encuentra incrustada en el tiempo, sufre todas las vicisitudes de la historicidad: no hay, como ingenuamente se nos ha dicho con frecuencia, una regularidad tan insistente en la historia de la filosofía que

LAS palabras se las lleva el viento, dice la sabiduría popular. Son aire, y van al aire, dice el poeta. Y no son meros decires, o dices, como también se suele decir. Como las aves, como el humo, como las nubes, las palabras vuelan, caminan, cruzan los mares, traspasan las montañas, atraviesan las llanuras, hasta que encuentran techo y pecho para anidar. Y ahí se quedan. Nadie sabe cuándo llegaron, nadie oyó el batir de sus alas sobre los tejados, pero de repente se las encuentra en la calle, en el mercado, entre los niños que juegan en el patio. ¿Quién si no el viento las trajo? Porque el lugar está incomunicado, la llanura, de tan grande, se pierde, la sierra gigantesca. El viento, sólo el viento pudo ser. El pueblo es indio y no habla sino lengua india. Y esas palabras son forasteras, peregrinas, advenedizas; no pudo inventarlas el pueblo. No cabe duda: las aprendió el viento.

Y las palabras se quedan ahí. Las gentes las aprenden de memoria, sin saber qué significan. A veces se olvidan, parece que se van. Pero no hay tal. Y si las hay parecidas en tierras lejanas, no es que se fueron de aquí, sino que, compañeras de viaje, volvieron más.

Cuando encuentran hermanas, dan a luz palabras; cuando no, apenas un leve trastorno padecen. Si se casan con las voces nativas, dan a luz unos hijos que tienen dos caras: castilmax, canoa de Castilla, barco, si la unión fué entre el español y el huave; mixà xandù, misa, santo, si lo fué con el zapoteco.

No digas, pues, que tal palabra, tal melodía, tal copla, no se conoce en tu pueblo, porque el día menos pensado a la vuelta de una esquina, topas con ella. Si no fuera de ese modo, ¿cómo pudo ocurrir que una persona que pretende conocer todo lo de su tierra, se lleve sorpresas como las que yo he llevado? Miren si es o no sorpresa encontrarse en boca de un anciano, sin letras, sin lengua española, esta cancioncilla memorizada en la niñez de boca de sus abuelos, quienes a su turno la aprendieron de los suyos, como yo la enseño a Cibeles y ella lo enseñará a sus hijos.

*El santo de mi pueblo
hoy es el día
hoy es el día,
y hay que solemnizarlo
con alegría
con alegría.*

*Porque no en balde,
porque no en balde,
que os diviertáis mucho
dijo el alcalde,
dijo el alcalde.*

*Que os diviertáis mucho,
dijo el alcalde.
Anda, salero, que se te ve,
bajo las alas todito el pie.
Anda, salero, que se te ve,
bajo las alas todito el pie.*

Y que yo traslado a Vicente T. Mendoza, para que establezca cómo y cuándo pudo haber llegado al Istmo de Tehuantepec, y permitió que Emilio Torcuato Ríos, tras de olvidarla medio siglo, un buen día la cantara.

hiciera de ella una especie de gigantesco silogismo en el que los primeros filosofemas —concepciones jónicas en nuestra cultura occidental— fueran la primera premisa; los subsiguientes, la segunda, hasta que se hallara la conclusión verdadera. No, el problema es más complejo. Hay filósofos que no sólo no se sitúan en el cauce considerado por la tradición como progresista, sino que, rompiendo por completo con este cauce, hacen suyos otros problemas, otros métodos, otras soluciones. Esta Introducción tiene la enorme ventaja de ordenarnos, con un criterio histórico y humanista, el material caótico que la historia nos brinda. Zea trabaja su obra como una novela en que los conceptos son personajes y en que la sucesión

temporal es la trama —unas veces dramática, otras angustiosa— de esta biografía de la conciencia del hombre en el mundo filosófico. La Introducción tiene tres personajes importantes: el hombre, el mundo y Dios. Capítulos hay en que hombre, mundo y Dios mantienen buenas relaciones; pero, en otros, el hombre, enamorado de Dios, desdeña al mundo y entonces surge un episodio de pasión que culmina en el homicidio del mundo, como en el caso de esa línea de pensadores que va de San Agustín, pasa por los franciscanos de Oxford —Escoto, Ocam— y desemboca en el Pascal de la segunda época: el Pascal jansenista, el que no quiso geometrizar su corazón. En otros pasajes la tragedia es inversa: el hombre enamora al

mundo y mata a Dios. Spinoza, Hobbes son un ejemplo de ello. Pero las situaciones más trágicas son, tal vez, aquellas en que el hombre ama, a un tiempo, al mundo y a Dios. Pero debemos comprender, con una sana razón escolástica, que el tercero debe ser excluido: el triángulo nos conmueve no sólo en las tablas. El hombre le pone cuernos a Dios, o se lo pone al mundo. Entonces surgen soluciones dramáticas: la fe, para amar a Dios; la razón, para conquistar al mundo.

Zea no olvida, como buen ordenador, como hábil novelista filosófico, a sus personajes. Si ha pintado a los escépticos antiguos como la consecuencia natural de la crisis del mundo grecorromano, al surgir el escepticismo de Cartesio, nos hará notar que es el producto de otra crisis: la escolástica. El escepticismo es el bátese el telón de una época. Si, al hablarnos del escepticismo nos dice que "las tres filosofías buscan la felicidad y la encuentran en una renuncia", muchos siglos después nos encontramos, al hablar el autor de las ideas de Hobbes, que "a diferencia de los antiguos sabe Hobbes que la felicidad no consiste en lo que éstos creían, en una renuncia a actuar sobre el mundo exterior, en un negarse a la acción, sino en todo lo contrario, el hombre es feliz en la medida que actúa". Son personajes que tienen, como se ve, una vida bastante larga, quizás eterna; pueden cambiar su posición —ser o no una renuncia—; pero vuelven a surgir, siglos de hojas después, en la historia.

E. G. R.

MARTÍN HEIDEGGER, *Kant y el problema de la metafísica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 210 pp.

Esta obra, escrita en 1925-26 y publicada en 1929 "se originó —como explica Heidegger en un breve prólogo—, en conexión con la primera redacción de la segunda parte de *El Ser y el Tiempo*". Alcanzó, con una celeridad asombrosa, un éxito sensacional porque revolucionaba la exégesis de la obra kantiana. La interpretación tradicional, recogida por las escuelas neokantianas de Marburgo y Baden, era la de que Kant, en su *Crítica de la Razón Pura*, había centrado toda la problemática filosófica en la gnoseología, en la crítica del instrumental cognoscitivo, realizándolo en detrimento de la *metaphysica generalis* que Baumgarten, bajo la influencia de Leibniz y Wolf, definía como "la ciencia que contiene los primeros principios de lo que el conocimiento humano aprehende". En este sentido se había interpretado la "revolución copernicana" de que habla el propio Kant. Revolución que le parecía al de Königsberg semejante a la suya. Heidegger, en este estado de cosas, se lanza abiertamente contra esta opinión de los intérpretes kantianos y dice: "La *Crítica de la Razón Pura* nada tiene que ver con la 'teoría del conocimiento'." Y prosigue "al plantear el problema de la trascendencia no se reemplaza una metafísica por una 'teoría del conocimiento', sino que se interroga acerca de la posibilidad interna de la ontología". Heidegger afirma que "la verdad óntica se orienta necesariamente hacia la verdad ontológica. Esta es, en un nuevo sentido la interpretación legítima de la 'revolución copernicana'." Esta interpretación inusitada acorde con la preocupación ontológica y metafísica de Heidegger, es como se ha dicho, una exégesis